



**ERNESTO JAURETCHE**

**MEMORIA DE LA  
ESPERANZA**

**VIDA, PASIÓN Y MUERTE DE UN MUCHACHO PERONISTA**

**COLIHUE**

Hay personas, nombres muy importantes de nuestra cultura, tradición y lucha que dejaron mojonos en la historia grande de América Latina. Impulsado precozmente a un compromiso total con el destino de la nación en tiempos de fuertes definiciones políticas, **Ernesto Jauretche** vivió con su familia el nuevo pensamiento nacional revolucionario, el peronismo, en su germen intelectual y en su práctica de resistencia e insurrección.

***Memoria de la esperanza. Vida, pasión y muerte de un muchacho peronista*** es la autobiografía de un hombre de compromisos irrenunciables. De muy pocos protagonistas de la vida política de nuestro país se puede decir, como el historiador Norberto Galasso ha dicho de él, que es “el primero en la fila de la pelea y el último en la del reparto”.

*Mi generación cultivó un ideal del “joven peronista” a partir del desigual combate frente a la contrarrevolución de 1955 y de cara a la impotencia de dos décadas de interdicción política. Eso constituyó una epopeya también cultural e ideológica; un largo ciclo de convicciones e incertidumbres en viaje combatiente hacia un horizonte de justicia y libertad a reconquistar: un bien de la comunidad. Y, ante semejante dimensión de objetivos, la vida de uno valía poco. En nuestros días, las obras militantes que reivindican la preeminencia del espíritu y las libertades individuales llaman a la reestructuración del tejido social. La historia nunca acabada de los pueblos que protagonizaron las guerras de emancipación nacional, la experiencia de las masas insurrectas que siguieron a los caudillos federales y las fajinas fraternales de anarquistas, marxistas y creyentes cristianos de nuestros padres y abuelos, fueron nuestra inspiración. Este libro quiere propagar esperanza en los nuevos, que hoy siguen creyendo que la injusticia no será eterna y que tarde o temprano la revolución llegará.*

ERNESTO JAURETCHE

 **EDICIONES COLIHUE**

ISBN 978-987-684-463-5



9 789876 844635

[www.colihue.com.ar](http://www.colihue.com.ar)

***MEMORIA  
DE LA ESPERANZA***

Vida, pasión y muerte  
de un muchacho peronista



**Ernesto Jauretche**

***MEMORIA  
DE LA ESPERANZA***

**Vida, pasión y muerte  
de un muchacho peronista**

**EDICIONES COLIHUE**

Jauretche, Ernesto

Memoria de la esperanza : Vida, pasión y muerte de un muchacho peronista / Ernesto Jauretche. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Colihue, 2023.

352 p. ; 22x14 cm. - (Serie Protagonistas)

ISBN 978-987-684-463-5

1. Biografías. I. Título.

CDD 324.2092

## **Serie Protagonistas**

Diseño de tapa: Dpto. de Producción, 2023.

Foto de tapa: Puente 12, Ezeiza. 20 de junio de 1973. *El Descamisado*.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Solo se autoriza la reproducción de la tapa, contratapa, pina de legales e índice, completos, de la presente obra exclusivamente para fines promocionales o de registro bibliográfico.



© Ediciones Colihue S. R. L.

Av. Díaz Vélez 5125

(C1405DCG) Buenos Aires - Argentina

[www.colihue.com.ar](http://www.colihue.com.ar)

[ecolihue@colihue.com.ar](mailto:ecolihue@colihue.com.ar)

ISBN 978-987-684-463-5

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

## PRÓLOGO

### UNA CUESTIÓN DE PRINCIPIO/S

La JP había cultivado un ideal del “joven peronista” a partir de la derrota de 1955. Era la elevación de un arquetipo heroico de *los nuevos*, con determinados rasgos de carácter, una conducta y, por sobre todo, ciertas experiencias nobles a emular.

La militancia suponía la dilución de la vida individual en un empeño colectivo regenerador tanto de nuestra misma personalidad como de la comunidad organizada; un anhelo de perfección inspirado en la herencia de las tradiciones criollas que alimentaron a los soldados de la guerra de la independencia y al gauchaje federal durante las contiendas civiles del siglo XIX. En la moral del militante se habían hecho carne las exhortaciones patrióticas y la ética del sacrificio personal de San Martín, Belgrano y Artigas y, sobre todo, de Güemes, Varela, Rosas y Perón.

La libertad era un bien común a reconquistar, no un privilegio individual. Y ante semejante dimensión de objetivos la vida de uno valía poco.

Los compañeros caídos no eran bajas ni víctimas, sino mártires con cuyo ejemplo alimentar el sacrificio del propio cuerpo, de la vida o de la libertad en aras del compromiso doctrinario asumido, era algo común.

Una actitud que tenía como probable origen elementos simbólicos tomados en préstamo de la cultura nacionalista y católica. Siempre, no solo entre los mayores que consultábamos, sino entre los sectores más humildes de la argentinidad, era notable el reflejo del nacionalismo de los Ottalagano, Ivanissevich y Hugo Wast que venían nutriendo con su pensamiento medievalista a las organizaciones de jóvenes peronistas desde comienzos de la década del 50, en reconocimiento de los primeros autores del revisionismo nacionalista conservador, Carlos Ibarguren y los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta.

Y, en tanto éramos deudos del misticismo de la cruz bordada en las banderas que las montoneras históricas habían enarbolado, algunos jóvenes escuchábamos los sermones de los jesuitas Hernán Benítez, confesor de Evita, en su capilla del Barrio Pueyrredón, y del exquisito filósofo idealista Leonardo Castellani, gran amigo de mi tío Arturo, mientras otros se deleitaban con la prédica furiosa del sacerdote católico Julio Meinvielle, discípulo del monárquico Jaime María de Mahieu.

La exaltación del militante “mitad monje, mitad soldado” que pregona Alberto Ignacio Ezcurra, fundador de Tacuara, dio frutos diversos: por un lado el Bebe Baxter, condecorado por Ho Chi Min, o José Luis Nell, fundador de los Tupamaros y combatiente montonero, pero también Felipe Romeo y José Miguel Tarquini, editores de la revista totalitaria *El Caudillo*, vocera de la Triple A.

Éramos actores de la transformación de un nacionalismo humanista y ecuménico de cuyas luchas nos considerábamos continuadores en ideal revolucionario social y contemporáneo.

Ese es el proceso polémico y maravilloso que intentará describir este libro. Una epopeya cultural e ideológica; un largo ciclo de incertidumbres e ignorancias en viaje militante hacia un horizonte de libertad y justicia, donde madurará una ideología nueva y clara que hoy podemos definir como nacionalismo popular revolucionario.

Muchos años después los jóvenes revolucionarios asumieron las virtudes ideales de otro sujeto: el de la transfiguración del militante en guerrillero, considerando el ideal de “hombre nuevo” difundido a partir de los escritos de Ernesto Guevara, ya fuera en la versión de una revolución antropológica de la sociedad o resultado de la hegemonía del pensamiento marxista.

Pero esa es otra historia.

Aquí cuento la primera parte, con el propósito de hacer más fecundas las reflexiones de los jóvenes militantes y darles algo del ánimo necesario para abrir brecha en el dilatado y espinoso camino de la esperanza.

## **ADVERTENCIA**

La mayor parte de los trabajos sobre la primera resistencia peronista proviene de investigadores más preocupados en descubrir sus supuestos paralelismos o incompatibilidades con el peronismo revolucionario a



partir de los 60 que en develar su intrínseco pensamiento nacional y popular. Así, se le atribuye una debilidad ideológica que no concuerda con su intensa oposición a todos los colonialismos ni con el arraigo que ese movimiento poseía en la clase obrera argentina. La vieja JP ya cultivaba un claro sesgo antiimperialista –antibritánico de origen rosista primero y antiyanqui por latinoamericanista después–, amén de la perspectiva tercerista en lo internacional que fundó Perón. Asimismo, combatió al liberalismo tanto en la sustancia como en las formas, que prohijaban un sistema político hipócrita y antinacional.

Una cosa es definir a ese peronismo como instintivo o intuitivo y otra privarlo de su ánimo revolucionario, como si esa condición fuera exclusividad de la elaboración socialista y no pudiera ser resultado de una configuración ideológica propia. Atravesar teórica y académicamente pasado con presente sin considerar lo concreto no aporta a la comprensión de un devenir a emular. Cada cosa a su tiempo: desde el progresismo socialdemócrata que permea el pensamiento político y académico actual se juzga anacrónicamente la ausencia de referencias a la ecología, las libertades individuales, el feminismo y ciertos universalismos del presente en el discurso y la acción de la juventud de la resistencia.

Dice Perón: hay momentos de reflexión y hay momentos de ejecución. En esa época, ¿cómo leíamos los diarios?, ¿qué información recibíamos?, ¿qué libros teníamos en cuenta?, ¿qué pensábamos?

Por principio, deberíamos medir al peronismo de la primera resistencia, tal como su líder analiza, en la etapa de reflexión programática, más arrimada a la prolongación de conceptos como la Comunidad Organizada y la Constitución de 1949 que a otras doctrinas de importación, que primaron en el constructo político-ideológico de la juventud peronista de fines de los 60 y los 70, etapa que podríamos considerar el momento de ejecución. En las proximidades de la contrarrevolución reinante, esas concepciones en vigor desde los 50 eran tan simbólicas como las exigencias de retorno de Perón o la devolución del cadáver de Evita: columnas de las utopías movilizadoras.

En 1955 partimos desde un panorama muy parecido al que la realidad argentina de hoy le impone a la militancia nacional y popular, que contra viento y marea sigue empeñada en el sueño de recrear un pueblo feliz en una Nación soberana. Y, otra vez, responderemos a los autores de falsas disyuntivas: no se trata de ingenuidad frente a realismo, sino de virginidad de ideas frente a un mundo cambiante, por aquello de que el

río nunca es el mismo. Estamos obligados a desaprender y poner mucha imaginación, a menos libros y más observación, ya que la reflexión será generosa si respetamos el aforismo hernandiano de que “es mejor que aprender mucho, el aprender cosas buenas”. Incluso la experiencia como conocimiento es huidiza. “Cuesta mucho y llega tarde” dictaminó Perón.

Por principio, y respondiendo de antemano a las voces catastróficas y derrotistas, valga afirmar que no es verdad que todo sea incierto y que la famosa relación de poder es un estadio mutante y frívolo. Porque algo es concluyentemente cierto: la voluntad organizada cancela la incertidumbre, controla, pero a un ritmo que no es el de los mortales, los procesos históricos: la fuerza colectiva siempre será capaz de orientar el curso de los acontecimientos en torno a producir un futuro deseable para la humanidad.

Se trata de estar en el hoy y aquí sin sujeción a comparaciones con lo pasado ni idealismo sobre lo porvenir. Y no olvidarse de que aquellos jóvenes de la primera resistencia dieron lección de que el pueblo hace la historia.

A poco de ocurrido el golpe de Estado que derribó el gobierno de Perón, empezó la resistencia a la dictadura del general Pedro Eugenio Aramburu, y las incipientes organizaciones políticas de la época encontraron en el diseño de una proclama de lucha la herramienta de comunicación y de organización de la comunidad.

El programa elaborado, que no tiene dueño ni autor conocido, resumió las esperanzas y alimentó de objetivos a la militancia peronista primero y a la mayoría del pueblo más tarde. Consistió en cinco puntos cuya formulación variaba según la oportunidad; pero era conceptualmente único e indivisible. Tres de sus términos eran demandas sociales; los otros dos simbolizaban la revolución:

*Por elecciones libres y sin proscripciones;  
por la inmediata convocatoria a convenciones paritarias;  
por la libertad de todos los presos políticos y gremiales;  
por la devolución del cadáver de Evita;  
por el retorno incondicional de Perón a la Patria y al poder.*

Su formulación era condición de que el espacio político histórico que defiende los intereses de la Patria ante los embates antinacionales poseyera un horizonte político-organizativo claro y contundente y que la sustentara el sujeto social adecuado: la colosal clase trabajadora y sus

instituciones. Nunca una suma de minorías llegaría a constituir mayoría, porque no hay unidad sin un polo hegemónico: esa fue la responsabilidad que entonces asumió el peronismo como conducción del movimiento nacional y popular, y el movimiento obrero fue su arma.

A la luz de su convocatoria se erigieron dentro del inmanente Movimiento Nacional las redes sociales que configuraron en los hechos la *comunidad organizada* imaginada por Perón. Sobre esa trama se constituyó la corriente política y social que defiende la justicia social, los derechos de los trabajadores, la intervención estatal en la economía y la soberanía política y económica del Estado argentino en oposición a las políticas imperialistas: el Movimiento Peronista.

La clase obrera organizada tomó y respetó los cinco puntos como cimiento del famoso Programa de La Falda, en 1957, que conservaron vigencia por casi dos décadas, hasta que la totalidad de sus metas fueron conquistadas.

Medio siglo demandó a las clases dominantes desordenar y amordazar al Movimiento Peronista, quitándole así a la política nacional toda energía transformadora. Un pueblo, parte de un Movimiento Nacional vacante de conducción, desprovisto de herramientas de justicia y liberación, desamparado hasta por la misma dirigencia, olvidado y víctima de la resignación, espera una nueva convocatoria.

Reconstruir el Movimiento Nacional es la gran tarea del momento. Los primeros pasos se corresponden con el redescubrimiento de la Comunidad Organizada, para excitar el impulso revolucionario que posee y que nuestros tiempos demandan.

Como en 1955 es hora de gritar: ¡Vuelvan caras, argentinos!

“Nada está perdido... solo hay que empezar de nuevo”, recomendó Hipólito Yrigoyen a los muchachos de FORJA en 1930.

Es ahora o nunca: construir una Agenda Programática Popular con algunos pocos puntos fundamentales que nos permitan avanzar al menos en ciertos cambios urgentes y necesarios. Por supuesto, una tal agenda no la podrá elaborar ningún intelectual en soledad, ni tampoco algún sector en particular. Se trata de establecer una discusión entre las principales corrientes del movimiento popular, para que sean las organizaciones libres del pueblo, los campesinos pobres, la juventud organizada, los feminismos y los ecologismos populares, los derechos humanos y la intelectualidad crítica quienes se asuman como demiurgos del futuro.

“No es el hambre lo que moviliza a los pueblos hacia la revolución, sino la injusticia”; lo firmó con su sangre el salvadoreño Ignacio Ellacuría. Por eso es menester advertir que un nuevo orden de ecuanimidad e inclusión no se obtendrá con planes sociales ni beneficencia. Se construirá con perseverancia y lucha desde las bases: de las lejanías del poder hacia el centro, para que las decisiones nacionales se tomen por mandato de la comunidad; desde los márgenes de la sociedad, la parroquia, el distrito, la barriada o el pago, a las cúpulas políticas y económicas que radican en las grandes urbes; de los ejercicios “situados” de poder como modelo de las prácticas y métodos de conducción política hacia “las dirigencias” nacionales; de la circunstancia de la necesidad a la de la hechura de los derechos; del sitio donde vivimos, prosperamos o naufragamos al objetivo de conquistas y revoluciones, en una reconstrucción del tejido social que conecte a todos con todo; desde las partículas del territorio, los espacios pequeños de producción de riqueza y cultura donde radica la independencia económica y la libertad de cada uno, hasta el lugar visible y tangible de realización de una soberanía nacional que no será posible sin ese quehacer comunitario, sin la generación de un capital social alternativo al capitalismo.

Nos precede una forma de intercambios y soluciones organizacionales de tanta antigüedad como nuestras civilizaciones primitivas: la distribución equitativa en la toltería y el principio de la reciprocidad en el Tahuantinsuyo, una ética arcaica, espontánea de más de dos mil años de existencia aún exitosa que vive aún en los ranchos y galpones del ámbito rural y entre el barro de las travesías y las viviendas precarias de los conglomerados suburbanos. El terreno más favorable al florecimiento de comunidades organizadas son los espacios locales, allí donde vivimos y del cual depende, mayormente, nuestro bienestar, porque lo habitan los obreros y constructores de toda la riqueza argentina.

Ese tejido de relaciones humanas e intereses sociales que Perón llamó “el movimiento” será el lugar donde el ejercicio de la ética del trabajo y la solidaridad den lugar a la aparición de nuevas fisonomías dirigentes. La destreza y el coraje en la organización de la familia, el grupo, el sindicato o el barrio para alcanzar objetivos de supervivencia gestará dirigentes sociales verdaderos.

Los escenarios de esa odisea son frecuentes y ordinarios. De la olla popular al cordón cuneta, de la comunicación popular a la salud pública; de la elección de autoridades a la agrupación política, de la paritaria a la obra social.

En el mundo del trabajo las obligaciones serán mayores: crecientes exigencias de las patronales empoderadas por sus privilegios, disputas entre las jerarquías sindicales y lucha contra la indiferencia del compañero, en los marcos de la flexibilización del proceso de trabajo y el salario. Y el difícil abordaje del quehacer con los compañeros que pierden su puesto, con los desocupados perennes y con aquellos que, teniendo empleo (es decir, están ocupados en alguna actividad remunerada), no obtienen los ingresos necesarios para alimentar a su familia. El militante sindical está más que nadie demandado a crear nuevas formas de vínculo con la sociedad en la medida en que el trabajo formal se hace más escaso. Pero su acción enfrenta el núcleo de la lucha de clases y es cardinal y terminante por su relación con los medios de producción. La cruzada obrera parte de un nivel más alto: los límites del establecimiento y el sindicato zanján la cuestión primordial de la organización que tan laboriosamente cuesta generar en el territorio.

Sin embargo, la preeminencia de políticas liberales a partir de la transformación de la matriz de acumulación impuesta por Martínez de Hoz, el desguace del Estado perpetrado por el menemismo y la globalización de la economía mundial completaron el ciclo de ajustes iniciado por Celestino Rodrigo en 1975, y en los últimos años se acentuó la apropiación de la renta por parte de una nueva oligarquía que, en asociación con los sectores financieros y las corporaciones nacionales y transnacionales dejaron atrás el paradigma de la industrialización como cimiento de la independencia económica y la soberanía nacional.

Pero también, a causa de la represión de los años 70, que cortó la cadena de transmisión de las experiencias organizativas y liderazgos políticos en los ámbitos laborales, la aplicación de nuevas técnicas de trabajo y producción, el empleo de tecnologías digitales y la robotización, el movimiento obrero argentino ha perdido la centralidad que tuvo en las luchas por las reivindicaciones sociales durante la mitad del siglo pasado. Las nuevas condiciones, caracterizadas por el desempleo estructural, la flexibilización, la precarización de los derechos y la incertidumbre laboral, son acompañadas por una menor valoración del papel político que potencialmente la clase obrera podría desempeñar para transformar la actual sociedad.

Así como a partir de 1945 el peso de la emancipación social recayó en los actores del mundo del trabajo, en nuestros días la sucesión de

acontecimientos urbanos por las libertades individuales y la propensión a la reestructuración del tejido social argentino propia de las organizaciones de base comprometen a toda la ciudadanía y, en particular, a las zonas sociales desplazadas y marginales.

## **LA MADRE DE TODAS LAS BATALLAS SE LIBRARÁ EN EL TERRITORIO**

La tarea de fomento de la organización de las comunidades municipales y regionales dará origen a formas de subsistencia de creciente complejidad. Hoy mismo se puede constatar una existencia desigual y desapareja de esos embriones de capitalización social: cooperativas y mutuales, fábricas recuperadas, clubes, instituciones académicas y científicas, organizaciones sociales, asociaciones civiles y entidades religiosas salpican de núcleos de trabajo y solidaridad las barriadas periféricas a lo largo y ancho de la República.

En el desarrollo de ese proceso de progreso y ascenso de la calidad de vida del pueblo y de las condiciones de trabajo de los obreros, sin pedirle nada a nadie, ni planes, ni punteros, perfeccionando la labor de reclutamiento, convicción y conducción, se irán perfilando nodos organizativos, centros de convocatoria, lugares de consulta y debate... y también liderazgos genuinos. Serán los héroes del reformateo del mercado local, de la contención de la miseria; innovadores de formas de alivio del malvivir, productores de más altos estándares de demanda económica, política y social; pero no de la emancipación definitiva de la pobreza.

Pronto van a chocar con el techo de las normas legales y la justicia de clase, con condiciones estructurales de explotación y marginalidad que, en las últimas instancias, serán manifestación de la hegemonía del imperio y de la concentración de la riqueza y del poder. Y eso no se remedia con el logro de requerimientos limitados: llega la hora de la política; esto es, de la disputa por el poder. Y el dirigente social devendrá, naturalmente, militante político. Será el representante del desborde del orden imperante que construye desde abajo una nueva categoría de energía social, comunitaria y afectiva, y formas originales de soberanía económica. Pero aun con todo ello, mientras no salga del barrio o el taller, no llegará a constituir sino un mero atisbo de política nacional: ella solo se integrará por la presencia del pueblo en el Estado.

Entonces, el militante político comprueba que ya no basta con paliar el malestar de las privaciones de la pobreza: aspira a erradicarla. Se ha vuelto revolucionario, y no por elección, sino por imperio de la circunstancia: le resulta intolerable la desigualdad, sufre el dolor de su pueblo como de sí mismo, está obligado a superarse. Su gente lo sigue y puede aspirar a servirle desde un partido político o cualquier lugar de influencia en vistas a conquistar alguna curul y abordar tareas de Estado. Emprende el ríspido acceso a la democracia representativa, porque no hay aún otro camino, aunque alguna vez la historia de los pueblos superará la forma ya caduca de lo que hoy tenemos como mejor forma de gobierno.

Si su formación intelectual no lo asiste en el debate de la política de poder, lleva puesta la indeleble camiseta de su conciencia de clase, bordada con la sangre sufriente de sus bases, a la que debe servir o claudicar de toda su existencia. La vida militante le habrá enseñado que con la reconstrucción del Movimiento Nacional el sendero de la revolución recién habrá comenzado.

Ese movimiento nacional y popular no es un partido ni una institución, tampoco es menemista, renovador, federal, o kirchnerista; tiene su raíz en la madre tierra y las comunidades populares son sus ramas: hay que ocuparla; volver a ella. Cultivarla, amarla y compartirla.

Así las conquistas no serán solo materiales, económicas o mercantiles, propias de la convivencia con el mundo injusto y corrompido por el lucro, la codicia y la usura, sino que habrá un salto en calidad del orden de lo espiritual similar al que protegió a la militancia de los orígenes de la primera resistencia peronista: el sentido heroico de la existencia, preconizado insistentemente por el Perón de esa época y sustentado por los conceptos misericordiosos y comprensivos que Evita nutrió con la entrega de su propia vida. Ese componente ético es el que garantiza una generosa unidad política y social y el respeto a la diversidad cultural, étnica y de género que caracteriza a los mejores conglomerados humanos.

Nuestra labor de hoy día es poner en marcha ese nuevo capítulo de nuestra historia.

Tal vez semejante empeño requiera el concurso de varias generaciones de argentinos, recuperando las palabras de Alfredo Zitarrosa:

*No hay cosa más sin apuro  
que un pueblo haciendo la historia.*

*No lo seduce la gloria  
ni se imagina el futuro.  
Marcha con paso seguro,  
calculando cada paso  
y lo que parece atraso  
suele transformarse pronto  
en cosas que para el tonto  
son causa de su fracaso.*

Sobre esta ecuación de tiempo histórico y espacio espiritual transita la idea del trabajo que queremos entregar a la comprensión y la indulgencia de nuestros lectores.

*La Plata, provincia de Buenos Aires  
Junio 2022*



*Ese mozo, Ernesto Jauretche,  
siempre primero en la fila de la pelea  
y último en la del reparto.*

NORBERTO GALASSO



“Ernestito” con sus primeros juegos



Chenda, la mamá de Ernesto



Teodoro, Ernesto y Osvaldo

## PRIMERA PARTE

### DE LOS DÍAS MÁS FELICES A LA RESISTENCIA

Ese día “la mami” me agarró fuerte la mano; sobre su otro brazo berreaba mi hermanito. Salió decidida a la calle y, como pudo, se trepó al tranvía, que venía abarrotado y lento. Todos colaboraban, hombres y mujeres jóvenes, fuertes, resueltos a no dejarnos caer. Unos levantándola a ella y el bebé, otros protegiéndome a mí. Nos sumergimos en una especie de lava tibia y húmeda, con olor humano, a sudor y pies, caliente, rumorosa, exaltada, donde había gente de todo color y edad. Era un jolgorio. Cantaban y reían. Y sudaban a mares. Así lo recuerdo. Ese racimo humano se sumó a otros que venían de distintos rumbos. Coreaban consignas alegres, divertidas, gozaban la amistad y la solidaridad. Caminaban a paso firme, sin apuro.

Fuimos a la Plaza de Mayo. Y, al rato, avanzando siempre, marchando y rugiendo a coro “¡Queremos a Perón!”, derecho al Hospital Militar.

Por el camino, desde el balcón de un edificio lujoso, mi voluminoso tío Polo, Arturo Jauretche, nos saludaba e invitaba a subir. Ya usaba moñito. Conocí el ascensor, asombrado, y los tres entramos a un departamento con grandes cuadros y pequeñas esculturas, lleno de humo de cigarrillos, en el que un grupo de hombres trajeados y mujeres vestidas como de fiesta se agitaban y hablaban a los gritos.

—¿Un refresco, soda, agua fresca?

—Sí, desesperadamente; gracias.

Algo descansados, volvimos a la calle a sumarnos a la incesante caravana.

Ya de noche, hambrientos, sucios y agotados, los tres regresamos a la pensión. A mi vieja no le cabía el alma en el cuerpo de tanta felicidad. Se le atropellaban las palabras al contarle la jornada a mi viejo, recién

llegado de la misma marcha con los compañeros de su trabajo en el Mercado de Abasto.

Así, a la edad de seis años, ese 17 de octubre empezó mi vida política. Fue un verdadero bautismo.

Después vinieron las elecciones y el triunfo de Perón. Y cambió la vida.

Me acuerdo que en el año 50 me tocó darle un beso a Evita; más bien: Evita me dio un beso. Era el sesquicentenario de la muerte de San Martín y había un reconocimiento a los mejores trabajos sobre el tema en las escuelas de la Capital. Al cabo de horas de aguantar el frío de la Plaza San Martín, guardapolvo blanco y pantalones cortos, me llegó el momento de subir la rampa delante del palco y Eva, con un amplio sombrero aludo de color blanco, se inclinó, me entregó el diplomita y me rozó la mejilla derecha. Durante días, mi vieja no me quiso lavar la cara.

A partir de la llegada de Perón al poder, para los jóvenes dejó de haber sospechas, prevenciones, controles. Esa libertad se orientó al deporte, las artes y el estudio, promocionados y subvencionados por el Estado.

Pero había una disciplina que se ejercía en el hogar y se reproducía en la vida social. Parece que de niño no se aprecian los cambios económicos, las satisfacciones y las carencias. Sin embargo, las lecciones de la tristeza, de las necesidades, de la pobreza, de las privaciones, no se olvidan; se graban y determinan costumbres y conductas que uno aprende para siempre. Cocinar en un calentador, sentarse cuatro a comer al borde de una angosta mesa/despensa/cocina. “¡A comer!”, llamaba mi vieja. Servía y arrimaba el plato. “¡No me gusta!”, “Y bueno, no comas...”: se trababa de comer lo que había y, si no, a la noche volvería a servirse lo mismo... y entonces sí que te gustaba.

Esa disciplina generaba un respeto por el puchero y valorizaba el alimento, a quien lo compraba y a quien lo elaboraba. La hora de comer era una ocasión sagrada, una cotidiana comunión familiar. “¡Tomá la leche!”, “¡Comela toda, la comida no se deja!”, la idea era que despreciar o desperdiciar comestibles quizás privaba a otro del alimento. Era parte de la educación para la solidaridad. También se grababan involuntaria, pero evidentemente los momentos de felicidad, que en las horas de privación se convertirán, sin claridad ni discernimiento, en necesidad, en interpelación, en insatisfacción ante la injusticia.

Pero con la llegada del peronismo mi viejo ingresó a una oficina. Quién sabe cómo se las habrá arreglado, porque aunque era un conversador preciso en el lenguaje, ávido lector de historia y ficción y, sobre todo, gran transmisor de sus conocimientos de manera lúdica, ni siquiera tenía la primaria completa. Cuando se jubiló pude observar su currículum: el primer trabajo, a los 13 años, era iboyero de carro! Supe que ingresó a la Capital a lomo de un *cadenero*, el robusto percherón que guiaba las yuntas que tiraban de un carronato de cuatro ruedas.

En pocos años abandonamos las pensiones. Salimos los cuatro a buscar departamento; abundaban los cartelitos rojos de SE ALQUILA. Terminamos en uno en Colegiales que, cuando vino de visita un amigo de mi viejo dijo “¡Eh...!, ite mudaste al Colón!”.

“¡Régulo!”, imploraba mi vieja: “No puede ser que sigamos teniendo una heladera a hielo...”. Una fiesta, la primera heladera eléctrica. “¡Régulo! Me rompo las manos en el piletón...”, y llegó el pequeño lavarropas Hoover. Y por primera vez disfrutamos de una selección de quesos y jamón, un Imperial Ruso o unos voluptuosos merengues con dulce de leche, unas frutillas con crema, un helado: lujos de gente humilde ya no tan pobre.

Y también llegó el gas natural, a través del gasoducto más largo del mundo, un orgullo argentino. Íbamos a la UES, que era el paraíso terrenal; elegías cualquier deporte que te interesara, o no, entonces dabas un paseo, una vuelta en bici o en una motoneta. Todo era de todos. Era la libertad. En concreto: la economía de ascenso social que implementó el gobierno. Las conquistas, la comodidad, la salud, la felicidad. ¡Cómo no iban a ser peronistas mis padres!

Pero el portal de mi existencia peronista sería en 1955.

La Argentina, al cabo de casi una década de gobierno del General Perón, era una sociedad pacífica, gobernada por las rutinas, las costumbres simples y el ritmo progresivo de la ética del trabajo y la solidaridad. Los chicos caminábamos seguros por las calles de la ciudad, cumplíamos nuestras obligaciones educativas y gozábamos de una oferta extraordinaria de deportes y diversión. No abundaban los juguetes porque no era una sociedad de consumo sino de satisfacción de necesidades.

Teníamos el privilegio de un tío pudiente: Arturo, el tío Polo, nos regaló la bici y el Meccano. Mi viejo, ya un empleado de comercio que realizaba tareas de contador, se jugaba el resto para regalarnos los autitos *Dinky Toys* y hasta un fusil de aire comprimido; lo normal eran los

avioncitos y modelitos en escala de plástico, entonces una novedad de colores y formas. Las bebidas gaseosas eran de culto: solo las disfrutábamos como premio o en alguna fiesta. Cada tanto podíamos comprar a la salida de la escuela una porción de “turrón chino” o de “chuenga”. Vestíamos con sencillez; mamá cosía “para afuera” y también se las arreglaba para diseñar ropa elegante y abrigada para nosotros (en esa época el agua acumulada en las esquinas se hacía escarcha).

Recibíamos semanalmente algunas revistas: el infaltable *Billiken*, *Patoruzú* y luego algunas historietas por las que nos matábamos con mi hermano para llegar primeros cuando en la madrugada se oía el siseo del papel bajo la puerta.

El hogar era apacible, un lugar amoroso donde no sobraba nada pero tampoco faltaban ciertos gustos como recompensa por una buena nota o el cumplimento de alguna meta.

El viejo pasaba en casa los fines de semana, lo que era para celebrar. Desde nuestra inocencia percibíamos cuánto teníamos para aprender de ese hombre juicioso y pausado: juegos con los cinco dados y el cubilete diestramente manipulado para sumar rápido y calcular mentalmente para aprender matemáticas y la habilidad para competir, o la generala con numerosas variantes y el arte de saber anotar la suerte en casilleros limitados; para empezar, la baraja española: el chanco, la casita robada, el culo sucio, el chin-chón y la escoba de quince, luego la béciga con acuse y el truco para saber mentir y arriesgar y aprender a ser pícaro, y lo máximo: el codillo, juego difícil si los hay, que el viejo nos inculcaba trabajosamente porque nunca debíamos sentirnos menos que nadie. Eso con naipes españoles: con cartas inglesas, la canasta que era juego de señoras y desde el siete y medio hasta el póker, juegos de grandes. Largas horas jugando con el viejo, maestro arrabalero, genial declamador de refranes y creador incansable de malas palabras, de divertidísimo ingenio para alterar las rimas y cantar parodias cómicas, memorioso para los *Episodios Nacionales* de Galdós que leía y releía, de los recitados de clásicos criollos, pasajes de sainetes, poemas de Esteban Echeverría o el *Martín Fierro*, que se sabía de memoria de punta a punta.

Nos enseñaba también que el mejor ciudadano era el “comedido”; antagónico al “no te metás”, condenado por egoísta y deshonesto. No hacía falta que uno fuera convocado a resolver alguna cuestión: había que concurrir espontáneamente en auxilio del más débil. Ser comedido

era una virtud ciudadana. Era la acción individual que se correspondía con la solidaridad social.

No era demasiado, pero con poco éramos felices.

En esos fines de semana sobre la parrilla ardían carnes y achuras sin tregua, y era la hora de recibir hermanos, primos y amigos. En el combinado se repetían los discos de Atahualpa, Falú y Los Fronterizos, de D'Arienzo, Pugliese y Fresedo, hasta que los jóvenes irrumpíamos con Louis Armstrong, Glenn Miller o Duke Ellington. Y, por la noche, a las 20:25 cadena nacional y noticias, para habilitar el recreo de los programas de radio de Buenaventura Luna.

## **PERONISTA DE CORAZÓN**

El policía de la esquina era casi de la familia.

“Che, la policía es peronista”<sup>1</sup>.

La organización de los agentes del orden en la calle les establecía “paradas” fijas en esquinas estratégicas de toda la ciudad, posición que dominaban durante años. El agente López que atendía al vecindario llegaba a penetrar en el conocimiento de la vida del barrio: reconocía a todos y a cada uno de los vecinos, sus familias, sus relaciones, conflictos y amistades y sus rutinas laborables. Más o menos confidentes y amigos, la gente del barrio compartía las celebraciones familiares, las fiestas, las graduaciones, convidándoles un sánduche de miga, un pedazo de torta y un vaso de sidra, que “los agentes” devoraban sin abandonar la guardia. Seguro también espían a los forasteros, divisaban a los “contreras” y eran socios de los bandidos del barrio, condescendientes con lo no muy legal, indulgentes con el delito consentido, ocultaban sus secretas complicidades, pero protegían a la comunidad que tenían a su cargo.

Una tarde jugábamos en la calle cuando mi hermano Osvaldo salió a buscar una pelota perdida más allá de la esquina; al cruzarla fue atropellado por un auto y cayó al empedrado. Antes de reponernos del susto y de que los que participábamos del juego llegáramos, ya el policía López lo había levantado y corría con él en brazos hacia el hospital. Al fin no fue grave. Pero López pasó a ser nuestro héroe; hasta participaba de nuestros juegos de “poli ladró” en la cuadra.

<sup>1</sup> Desde el 17 de octubre 1945, cuando el coronel Velasco, un compañero de promoción de Perón, como jefe de la Policía Federal, toleró y hasta promovió la movilización obrera, pasó a ser una verdad revelada, pero confidencial.

Imperaba el respeto por la autoridad del Estado, que también a través de la gestión del policía mostraba su explícita preocupación por el bienestar y la paz de la ciudadanía. Era NUESTRO Estado, era NUESTRA policía. No mía ni tuya. NUESTRA, de todo el pueblo.

El antimilitarismo, el rechazo a los uniformes vino después. Antes, los militares vivían en el barrio, salían a trabajar a la misma hora en que nosotros caminábamos hacia la escuela, formaban familias tan modestas como las nuestras, les gustaba el folklore y el tango igual que a nosotros, tenían hijas que eran nuestras amigas y hasta nuestras novias, sus hijos jugaban a la pelota en la calle con nosotros, mi vieja le pedía una taza de azúcar a la mujer del Teniente Coronel. Juan Carlos Buruzangaray había participado de algunas campañas antárticas y a pesar de su modestia era considerado un gran héroe nacional, que teníamos el privilegio de conocer. La curiosidad y el vivo interés de mis viejos sobre esos territorios patrios, que de manera tan fehaciente reivindicaba el peronismo, hizo que al regreso de alguna de sus excursiones antárticas recibiéramos de primera mano descripciones del continente blanco y la vida y peripecias de sus valientes exploradores. Incluso hubo ocasiones en que a causa de algún inconveniente recibimos comunicaciones directas en nuestro teléfono. La primera vez que atendimos esa voz lejana que decía provenir de la Antártida lo tomamos a broma, pero corrimos luego a avisar a su esposa que, como si fuera un milagro, conversó largamente con el oficial desde nuestro comedor sobre las novedades familiares.

Hoy parece una extravagancia mencionar que, frente a la casa de este militar, en el departamento de adelante del nuestro, vivían dos muchachas jóvenes y un varón: el Teniente de Navío César “Polo” Papini, unos diez años mayor que yo, criado en el barrio, uno de los aviadores que bombardearon la Plaza el 16 de junio.

Casi sin darnos cuenta el horror se nos vino encima.

Y empezó mucho antes de 1955.

Un día nos enteramos que una madrugada, en un intento de desarrollarlo, habían asesinado a quemarropa a un agente de policía. Y que al huir, los asesinos habían sembrado la calle de volantes con propaganda antiperonista: *Perón tirano, asesino, canalla*. Por primera vez se escribía *Muera*, por Perón. Se estaba instalando el “anti” por excelencia: el “antiperonismo”. Jamás existió el “antirradicalismo” o “el antisocialismo” ni el “anticoservadurismo” ni el “antioligarquismo”... El único “anti” era el antiimperialismo.



Se repitieron estas acciones terroristas contra otros agentes. Se acusaba a unos “comandos civiles”, que se decía eran tipos jóvenes, como nosotros. Y hubo arrestos. La mayoría de los detenidos eran vecinos de Recoleta, Barrio Norte o San Isidro, católicos de misa diaria que portaban apellidos aristocráticos; muchos eran ellos mismos miembros o parientes de representantes de la jerarquía católica o de magistrados de la Justicia, lo que les garantizaba la impunidad. Apellidos conocidos, de oligarcas de dinero y abolengo, que todavía sonaban frescos en nuestra memoria de las listas electorales de la Unión Democrática: Villada Achával, Novillo Saravia, Martínez Zemborain, Medina Allende, Villegas Basavilvaso, Sánchez Zinny, Giménez Zapiola y otros. “Se les encontró propaganda antiperonista, armas de calibres prohibidos, explosivos caseros y planos, fotografías y proyectos de atentar contra la vida de Perón. Todo junto a materiales de carácter religioso y documentos que probaban la complicidad de altos dignatarios de la iglesia católica en el proyectado magnicidio”, rezaba la noticia.

La sucesión de esos atentados sembró inquietud en la población, aunque la acción de la Policía fue inmediata y eficaz.

—¡Bah... son niños bien! —se equivocaba mi viejo.

Esas novedades y su reflejo en los medios de comunicación venían acompañados de una intensa campaña de rumores de la más diversa especie, desde referencias a la corrupción económica de los funcionarios públicos y delitos sexuales del propio Presidente de la Nación a supuestos datos confidenciales sobre desavenencias políticas al interior del Estado y sus instituciones, movimientos de tropas y enfrentamientos militares y denuncias internacionales sobre violaciones de los derechos humanos que carecían de toda veracidad.

La esquina donde se juntaba “la barra” era el símbolo de la conciliación de clases que proponía el peronismo. Las chicas del barrio eran las dos hijas de “el Suizo”, un industrial pyme, las hermanas Betty y Yeya, hijas de una costurera viuda. Eran novias y amigas, sin diferencias sociales. Estaba además Tatiana que “tenía auto”, estudiaba danzas clásicas y habitaba un departamento lujoso donde don Rivas, el portero español, era el padre del “Pilito”, que compartía ocurrencias con todos nosotros.

El padre de Carlitos, mi compañero de banco, rengo por secuela de polio, era un empleado bancario que había jugado al tenis en su juventud con mi vieja en Plaza Huincul. La madre era maestra de grado de

apellido ilustre en Córdoba. La capataza de la casa era “la abuela Tona”. Típicos medio pelo que se sentían miembros de la aristocracia. En la casa de al lado vivía un comisario cuyos hijos eran unos vándalos que hasta ¡oh...! mataban gatos. Un atleta destacado en lucha libre cuyo hermano Ricardo era un fifí confidente de la cana, convivía con “el Liebre”, hijo de un profesor de baile, un flaco eléctrico y ágil cuya hazaña consistía en pasar corriendo por arriba del techo de los autos estacionados. El ciruja del portón de la playa ferroviaria compartía con nosotros el po-taje que cocinaba en latitas de tomate usadas, un actor que vivía en la carbonería cuyo famoso Guerino Marchesi brillaba en las marquesinas, los pies planos del “gordo Sopa”, aprendiz en el taller mecánico, hazmerreír del humor cruel de los adolescentes, y hasta “el Arrozarena”, pesado que terminó preso por un robo “de caño” eran nuestros amigos, nuestros confidentes, nuestros socios de fechorías inocentes, del montón de atorrantes apiñados sobre el mármol de la vidriera del almacén del gallego. Un par de esos chicos terminaron siendo miembros de Grupos de Tareas y los dos hermanos, hijos del panadero, ella y él, murieron en combate bajo la bandera del ERP. Todos, sin distinción de clase, éramos emergentes del ascenso social que, desde orígenes humildes, ingresábamos a la clase media como llevados de la mano por un Estado amable y protector.

Entonces era natural que los ciudadanos de cualquier condición se sintieran honrados de pagar los impuestos y servicios. Éramos una comunidad y no contribuir al bienestar de todos era un egoísmo intolerable, aunque para “los contreras” significara un gesto de autoritarismo, una expropiación, un avance sobre la libertad de obtener una renta originada en el trabajo personal, de la empresa creada por gestión individual. Cuando el Estado popular los administraba, los impuestos que pagábamos todos sin excepción en proporción a los ingresos, se traducían en mejor transporte, vivienda, salud, educación y calidad de vida, mejores hospitales y mejor policía también.

## **LA PATRIA COMO PATRIMONIO**

Para nosotros, como herencia de los mayores, las empresas públicas eran la patria, eran nuestras, teníamos orgullo de que funcionaran bien, de que les dieran trabajo a tantos compañeros. Las cuidábamos, celebrábamos como propios sus progresos y realizaciones. Los trabaja-

dores públicos eran verdaderos señores, respetables y hasta envidiados ciudadanos. Se constituían como una familia, como si el trabajo en esas empresas generara sucesión. Mi abuelo materno había formado parte del equipo que descubrió el petróleo en Comodoro Rivadavia y llegó a ser Jefe de Pozo en Plaza Huincul; era nuestro orgullo. Amábamos a YPF, los ferrocarriles, el transporte urbano, Gas de Estado, la Telefónica: eran patrimonio heredado de nuestros padres y creíamos que debían ser mañana de nuestros hijos. No las volvía valiosas una teoría económica: hacían rico al país y a nosotros mismos y eran la fuente de nuestra soberanía nacional; eran la Patria.

Por eso las defendimos a capa y espada, con toda la fuerza, cuando vinieron los “libertadores” a *achicar el Estado*, a despreciarlas para luego liquidarlas y venderlas. Sufríamos esa entrega como si saquearan nuestra propia casa: todos propietarios de YPF, de los ferrocarriles, del transporte urbano, de Gas del Estado, de la Telefónica. Eran nuestro orgullo y odiábamos que se las calumniara, que se mintiera, que se las acusara de ser causa del déficit público, que se redujera el personal, que se les bajara el sueldo, que se humillara al empleado público.

La sensibilidad social que años después nos llevó al compromiso y al riesgo de la política no nos la dio la ideología ni la Iglesia, ni la filosofía ni la Unidad Básica; sino el rechazo a un contexto político que, para revertir la justicia social, instaló persecuciones políticas, sindicales, religiosas, estudiantiles y sobre todo económicas, ya que se fue desvaneciendo la ilusión de ser clase media y las familias antes prósperas se precipitaron hacia la pobreza o, al menos, a la frustración de toda esperanza de progreso.

Había que reemplazar a los caídos, que proteger su memoria, algún día homenajearlos y venerar a los mártires; conservar una memoria que nos habían transmitido nuestros mayores, los que habían vivido la explotación, el desamparo, la violencia patronal contra el mensú, el desprecio por el peón y el valor de su trabajo, los sueldos de hambre, los conventillos, los campamentos de los golondrinas, el despojo de los hacheros y el abuso en los cañaverales. Nosotros no habíamos vivido esos tiempos pero a partir de esos recuerdos entendíamos por qué nuestros mayores eran peronistas; los que inauguraron el peronismo en carne y hueso, los que conquistaron su dignidad y el respeto como trabajadores, como peones, como empleados que aprendieron a hacer frente a la prepotencia y el egoísmo de sus patrones, de los estancieros,

de los ricos; los que nos contaban lo que era la Argentina antes de Perón, los que recordaban las condiciones de vida y de trabajo de los pobres en la Argentina de la Década Infame; los que conocieron a Evita y hasta la trataron o alguna vez los miró, les sonrió, los consideró, los trató como iguales, los enaltecó con un gesto, y sabían quién había sido ella.

“Lo que no le voy a perdonar a Perón es que durante su gobierno, y luego también, el negrito que venía a pelear por su salario se atrevía a mirarnos a los ojos. Ya no pedía. Discutía”.

Robustiano Patrón Costas, el magnate azucarero salteño autor de estas palabras, estuvo a punto de ser Presidente de la Nación, cuando el Golpe del 4 de junio de 1943 le cortó la buena racha.

Un país donde estudiar había sido cosa exclusiva de ricos; tener casa propia, un privilegio, y hasta la heladera y el lavarropas habían sido lujos imposibles de alcanzar. Eran los del 55, los que nos iban a enseñar por qué eran peronistas, qué había cambiado en el país desde que llegó Perón, eso que nos alentaba a que peleáramos por recuperar ese paraíso perdido.

La generación de mis padres se sentía redimida de la miseria y la indignidad por el peronismo y soñaba con que sus hijos fueran aún más prósperos y felices. Y lo estaban logrando.

Tampoco podíamos olvidar lo de la sidra y el pan dulce de fin de año que repartía La Fundación. No porque nos pudiera resolver el hambre o la sed sino por el significado, el honor, la alegría de ser nombrado, personalizado, aludido, atendido por el poder, por Evita y por Perón, que eran el símbolo, no tanto las personas, que el pueblo había elegido como propios, como su creación, para gobernar. Era una muestra más de la dignificación de los sectores populares. Eran el invento de alguien con mucha sensibilidad popular. Tal vez haya sido Alejandro Apold con su gran creatividad: la sidra, de origen español; el pan dulce, italiano; juntos fueron la imagen de la Fundación, la de Evita, pero significaban un homenaje multitudinario a seres anónimos, componentes indiferenciados de la masa popular, pero individualizados en el acto de enviar la cita a tu domicilio, tu casa, y mencionarte con nombre y apellido desde el poder, desde tus gobernantes, desde Perón y de Evita, para que vayas a buscar un paquete nominado a tu identidad, puesto desde el Correo a la Unidad Básica o en la escuela por ellos, que se acordaban de vos y te brindaban su homenaje, particular, especial, diferenciado, que te hacía sentir persona, sujeto privilegiado de tu gobierno, casi único. Era,

sin duda, algo complejo y costoso; había que organizar la producción de millones de panes dulces, embalarlos como para regalo –papel brillante, estampado, de colores, moños y cintas de adorno– dentro de una caja de cartón hecha a medida; juntarlo con varios millones de botellas de vidrio pesado con sidra de marca, también decorada, y todo acicalado en una cestita que era para vos, en tu homenaje, como reconocimiento de líderes que así se acercaban no al montón sino a cada uno de nosotros.

Era emocionante recibirlo y fue una verdadera tragedia perderlo, dejar de ser el sujeto favorito de la política. Entre tantas pérdidas de felicidad que significó la caída de Perón, esa fue una de notable significado, de las más tristes: ya no éramos nadie; volvimos a ser *los nadies*, como definió Pino Solanas.

## LA VIOLENCIA VINO DE ARRIBA<sup>2</sup>

La introducción de la violencia en nuestra vida fue una especie de pedagogía práctica ejercida desde las usinas ideológicas del poder real. La inculcaron civiles fanáticos, curas extremistas y militares iconoclastas. No fueron obra de sentimientos metafísicos sino producto del servicio a intereses concretos.

Casi como leyendas, cada tanto se recordaban los dos atentados fallidos contra Perón protagonizados por un llamado coronel Cabanillas en el año 1945. Personaje que reapareció en primera plana cuando fue convocado por Aramburu para matar a Perón en Caracas. Nombres de sediciosos que luego serían famosos se barajaron en 1946, en plena campaña electoral, cuando se desbarató el complot que en Goya, Corrientes, tramaron los dirigentes liberales y los militares retirados del servicio por Farrell, los Benjamín Menéndez, Julio Alsogaray, Tomás Sánchez de Bustamante y Alejandro Lanusse para asesinar al candidato a presidente del Partido Laborista. Ya empezaban a trascender apellidos de marinos como Massera y aviadores como Cacciatore. Era casi *vox populi* que estos intentos criminales eran aprobados por dirigentes de la oposición como los radicales Arturo Frondizi y Ricardo Balbín, el socialista Américo Ghioldi y los conservadores Horacio Thedy y Reinaldo Pastor, entre otros de fluidos contactos castrenses.

Uno de los primeros antecedentes de intento de golpe de Estado se produjo en la madrugada del 28 de septiembre de 1951, cuando el

<sup>2</sup> “La violencia de arriba genera la violencia de abajo”, Juan Perón.

## ÍNDICE

|  |    |
|--|----|
| <b>PRÓLOGO</b> .....   | 7  |
| UNA CUESTIÓN DE PRINCIPIO/S .....                                | 7  |
| ADVERTENCIA.....   | 8  |
| LA MADRE DE TODAS LAS BATALLAS SE LIBRARÁ EN EL TERRITORIO ..... | 14 |
| <b>PRIMERA PARTE</b>   |    |
| <b>DE LOS DÍAS MÁS FELICES A LA RESISTENCIA</b> .....            | 19 |
| PERONISTA DE CORAZÓN .....                                       | 23 |
| LA PATRIA COMO PATRIMONIO .....                                  | 26 |
| LA VIOLENCIA VINO DE ARRIBA .....                                | 29 |
| EL PERONISMO EN EL LLANO.....                                    | 43 |
| ¿NI VENCEDORES NI VENCIDOS? .....                                | 47 |
| ¿HAY VIOLENCIA MAYOR QUE LA DE PROHIBIR PENSAR? .....            | 54 |
| LOS FUSILAMIENTOS DE 1956 .....                                  | 56 |
| HABRÁ PELEA MIENTRAS UNO QUEDE EN PIE.....                       | 60 |
| EL SECUESTRO DE MI VIEJA.....                                    | 61 |
| EXAMEN DE INGRESO A LA JP .....                                  | 64 |
| ¿VIDA PRIVADA? .....   | 66 |
| LOS DE LA GENERACIÓN DEL 60 .....                                | 70 |
| SER MILITANTE.....   | 72 |
| LA INFLUENCIA DE FORJA.....                                      | 75 |
| LA INSURRECCIÓN: DOCTRINA Y PASIÓN.....                          | 76 |

|   |     |
|---|-----|
| EL PUEBLO EN ARMAS .....                | 79  |
| LA IDEOLOGÍA DE LA VIEJA JUVENTUD ..... | 83  |
| SANGRE, SUDOR Y LÁGRIMAS .....          | 89  |
| ¿QUÉ ES HACER POLÍTICA?.....            | 90  |
| PENSAR LA COYUNTURA.....                | 92  |
| OTRA VEZ BUENOS AIRES.....              | 95  |
| LA SEGUNDA RESISTENCIA .....            | 95  |
| ¡FRAMINI GOBERNADOR!.....               | 97  |
| UN TAL ONGANÍA.....                     | 100 |
| EL PARTEAGUAS VANDORISTA .....          | 104 |

## **SEGUNDA PARTE**

### **EL NACIONALISMO POPULAR REVOLUCIONARIO.....**

|   |     |
|---|-----|
| LA LIBERACIÓN NACIONAL Y EL MOVIMIENTO OBRERO.....            | 114 |
| LA JUVENTUD Y LA DISPUTA POR EL PODER REAL .....              | 123 |
| LOS ORÍGENES DE JAEN .....                                    | 128 |
| DE LA RESISTENCIA A LA OFENSIVA .....                         | 134 |
| PERÓN Y LUCHA ARMADA.....                                     | 141 |
| DON DIEGO MÚNIZ BARRETO.....                                  | 143 |
| JUVENTUD PERONISTA, EJÉRCITO Y POLÍTICA.....                  | 149 |
| ARTURO JAURETCHE, VIOLENCIA Y CHE GUEVARA.....                | 154 |
| CONFLICTO ESTRATÉGICO DE JAEN CON MONTONEROS .....            | 160 |
| GALIMBERTI, MONTONEROS Y PERÓN .....                          | 172 |
| EL CONSEJO PROVISORIO DE LA JUVENTUD PERONISTA .....          | 178 |
| AQUELLOS DÍAS DE AGOSTO DEL 72.....                           | 185 |
| COMO UNIR LÍNEAS EN EL TIEMPO (TEXTO DE EDUARDO CAPELLO)..... | 195 |
| EL FINAL DE LA ESTRATEGIA DE LA INSURRECCIÓN .....            | 198 |
| EL GRAN ACUERDO NACIONAL.....                                 | 201 |
| LA JUVENTUD PERONISTA DE LAS REGIONALES .....                 | 202 |
| LAS DESDEÑABLES LABORES PARTIDOCRÁTICAS .....                 | 207 |

|   |     |
|---|-----|
| EL 20 DE JUNIO.....                         | 212 |
| SOBRE LLOVIDO, MOJADO .....                 | 214 |
| EL OPERATIVO DORREGO .....                  | 222 |
| EL GOBIERNO MONTONERO DE LA PROVINCIA ..... | 227 |
| EL 1 DE MAYO DE 1974 .....                  | 229 |
| ENCUENTRO CON ARTURO EN EUDEBA .....        | 235 |

## **TERCERA PARTE**

### **SOLO LOS MUERTOS VEN EL FIN DE LA GUERRA ..... 243**

|  |     |
|--|-----|
| ASESINATO DE ORTEGA PEÑA.....                                | 243 |
| REFRENDAR NUESTRA HISTORIA.....                              | 245 |
| LA MUERTE DE PERÓN .....                                     | 248 |
| EL PARTIDO AUTÉNTICO.....                                    | 249 |
| EL RODRIGAZO Y LA REVOLUCIÓN QUE NO PUDO SER.....            | 257 |
| UN INMENSO LAGARTO VERDE.....                                | 264 |
| MONTONEROS FRENTE AL GENOCIDIO .....                         | 266 |
| EL HÁBITO BAJA LA GUARDIA .....                              | 271 |
| EL PRIMER VIAJE AL EXTERIOR.....                             | 278 |
| DE RÍO DE JANEIRO A MONTESCLAROS .....                       | 284 |
| SUBORDINACIÓN Y VALOR.....                                   | 294 |
| GIRA EUROPEA.....  | 303 |
| EL REGRESO A LA PATRIA .....                                 | 307 |
| DE VUELTA AL PAGO .....                                      | 311 |
| OTRA VEZ, LOS TRABAJADORES HACEN FRENTE A LA DICTADURA ..... | 316 |
| LA CONTRAOFENSIVA.....                                       | 321 |
| RUMBO AL EXILIO .....  | 330 |
| NUNCA ES TRISTE LA VERDAD.....                               | 333 |
| EL REGRESO.....  | 345 |
| APUNTE FINAL .....   | 347 |